

POLÍTICA, POCA, PERO BUENA.

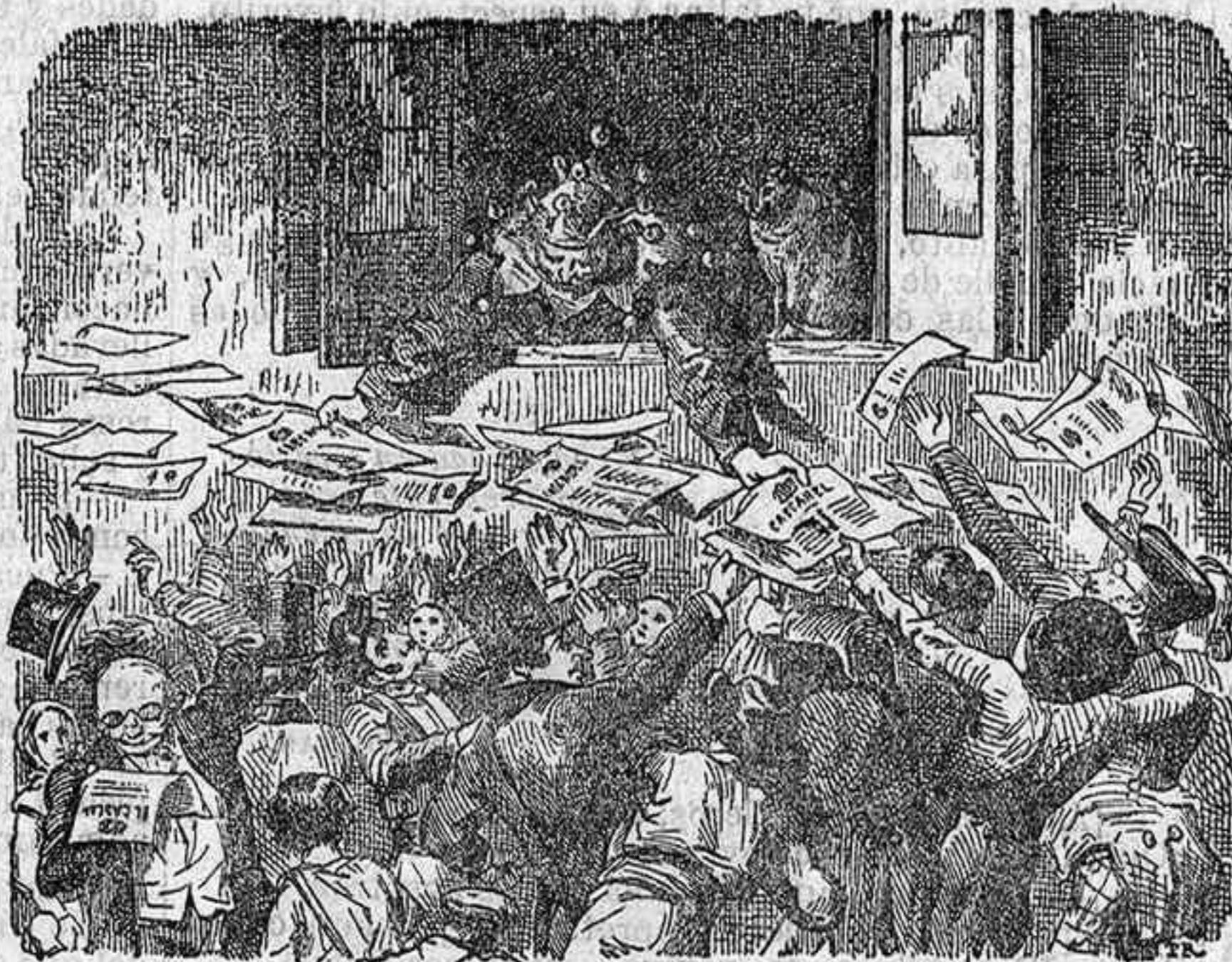
CINCO NUMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Calle de los Caños, 4, bajo.

DIRECCION.—Calle de los Caños, 4, pral.



FRECUENTES REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses, 20 rs.—América, 40.

# EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERRE SONARÁ.

SUSCRICION en favor de las familias de los muertos y heridos en los sucesos del 10 del actual.

El Director de EL CASCABEL remitió el sábado 15 del actual la cantidad de 500 rs., con que contribuye á dicha suscripción, al señor Director de La Iberia.

Queda abierta la suscripción en la Administración de EL CASCABEL, calle de los Caños, número 4.

## EL CASCABEL.

El ministerio sigue en su puesto.

Bien se conoce que no salió á la calle el lunes 10 del presente mes de Abril, porque entonces le hubieran dicho:—«¡Corra V!», como dicen que decían á cada hijo de vecino, y Dios sabe dónde estaría á estas horas.

Luego dirán que el Gobierno no es amigo del progreso.

¡Y el ministerio quieto!

Hemos dicho arriba que el ministerio sigue. No sigue; no se mueve; está *in statu quo*.

Parece como que se ha quedado asombrado. Asombrados nos hemos quedado todos, y con la boca abierta para pedir.... á Dios que no se repitan escenas como la del lunes 10 de Abril actual.

EL CASCABEL creía lealmente que el ministerio debía retirarse, lo mismo que se retira de la escena una obra que tiene mal éxito.

El Gobierno y *Los Tiempos* creen lo contrario.

¿Por qué lo creen?... ¿Porque el Gobierno es bueno, es sábio, es prudente, es templado, es generoso?...

Porque el Gobierno es el Gobierno, y *Los Tiempos* son Gonzalez Bravo....

No es solo este periódico de *Los Tiempos* el que aplaude al Gobierno por su conducta en la silba famosa de la Puerta del Sol; hay otros siete ú ocho periódicos que le dicen que estuvo razonable, prudente, etc., etc.

Corra V., amigo lector, para no oír eso.

Nosotros no tenemos misión, ni encargo ni empeño de hacer oposición al ministerio, ni interés en exagerar sus errores ó en ocultar sus bondades; si las tiene; no queremos halagar á los revoltosos y trastornadores del orden, no hacemos política democrática, ni neo-católica, ni progresista, ni moderada, y tendríamos suficiente valor para arrostrar la impopularidad de defender al Gobierno, si creyésemos que había obrado prudentemente siquiera, es más, deseáramos poder defenderle,—que nos duele ver á un Gobierno tan en desgracia en la opinion pública;—pero no es posible que en la triste cues-

tion que llamaremos de los pitos, defiendan al Gobierno las personas imparciales y desapasionadas....

Defiéndanle en buen hora los que cobran sueldo del Estado, entre los que aun hay muchos que no le defienden, por más que tengan amistad con los hombres del Gobierno ó le estén agradecidos.

Los vecinos de Madrid no han oído hasta ahora esta frase:

—¡Corra V!

Y desde el martes siguiente al lunes 10 salen á sus negocios, á sus ocupaciones, temiendo á cada momento oír estas aterradoras palabras:—«¡Corra V., ó muere!»

Confiesen VV. que es muy dura esta alternativa de *correr ó morir*.

Creemos oportuno que se imprima y reparta una como cartilla con instrucciones bastantes, determinando cómo se ha de correr, en qué casos se ha de llamar á talones, por dónde se debe disparar un prógimo para evitar los palos, y en qué sitios es permitido no correr, para que estos y no otros sean los que frecuenten los cojos, los que tengan callos y ojos de gallo y aun de gallina, las señoras embarazadas, los ancianos, los niños de pecho, y todos los que por cualquier motivo no puedan correr aunque se lo manden.

¡Vencer ó morir! ha sido siempre el grito de guerra de los españoles.

En adelante, el grito de guerra será el mismo, pero el de paz será: «¡Correr ó morir!» ó si no: «Pies, ¿para qué os quiero?...»

Lástima es, y grande, que siendo tan fácil ganar las simpatías de un pueblo que, como este al que nos honramos pertenecer, es honrado y generoso más que todos, ciegue tanto á los Gobiernos la soberbia, que hagan casi siempre lo contrario de lo que en su mismo interés está.

Los Gobiernos, como los hombres, se equivocan, se equivocan sin mala intención, pero deben reconocer su error y rectificarlo.

El hombre que sostiene un error, lo mismo que el Gobierno que, contra la opinion pública, se empeña en un camino que no es el conveniente, no dan prueba de valor y entereza, sino de terquedad y orgullo, y se enajenan las simpatías de todos.

No tenemos odio al general Narvaez, ni hemos solicitado de él favores, ni hemos sido jamás perseguidos por su Gobierno: no queremos ofenderle, ni le deseamos mal de ningún género; al contrario, deseamos un bien muy grande para él, deseamos que deje el poder, que poco puede halagar seguramente á un hombre anciano ya, y que, deseando para su patria, á la que ha servido muchos años, todo género de prosperidad, debe desear también paz y descanso.

¿Quién le ha de reemplazar?... preguntar á el lector.

No lo sabemos: el sereno O'Donnell, el bizarro Prim, el respetable Espartero, el bravo Lersundi, el señor Moyano, el señor Posada, cualquiera que pueda conjurar los conflictos presentes y evitar otros....

Esto que dice EL CASCABEL parecerá extraño, pero no lo es, teniendo en cuenta que no somos hombres de partido, que no esperamos ninguna posicion oficial de los progresistas, ni de los moderados, ni de nadie; que estamos dispuestos á ser ministeriales desinteresadamente del ministerio que gobierne bien, sea el que quiera, y que la oposicion que hacemos no nos la inspira personaje alguno que aspire á ser ministro, sino el conocimiento que tenemos de lo que anhela la verdadera opinion pública, que tampoco pertenece á ningún partido.

Si pudiéramos creer que el general Narvaez podía seguir gobernando con gloria suya y provecho del país, pediríamos un día y otro que continuase en el poder.

Como creemos lo contrario, lo decimos francamente, sin ánimo de mortificar al Gobierno, sino con el deseo de evitarle y evitar al país mayores conflictos.

¡Y ojalá nos equivocásemos!...

Los hombres de partido y los que apoyan al ministerio, que los apoya á su vez, leerán con desden acaso estas líneas; pero tenemos la inmodestia de creer que la opinion de las personas independientes é imparciales nos ha de ser favorable.

Para ellas escribimos.

## CARICATURAS SOCIALES.

EL AFICIONADO A TOROS.

I.

Estas fiestas que nos caracterizan y nos hacen singulares entre todas las naciones de la tierra....

PAN Y TOROS (1).

—Gracias á Dios, camaradas, gracias á Dios que ha llegado la Pascua con sus corridas de toros á devolvernos la animacion y la alegría. Despues de seis meses mortales que nos están engañando la aficion con toros, y novillos de mala muerte, y de tan mala, que da asco el ver morir á esos pobres vichos; despues de solo ver cuatro revolcones, resultado de la torpeza de esos *chambones*, que prostituyen el arte, hemos visto abierto el abono para las verdaderas corridas, hemos visto los carteles que nos anuncian que ya vienen los maestros, y en fin, conocemos ya los toros y la cuadrilla, que tan buenos ratos nos ha de dar. ¡Albricias, que ya tenemos entre nosotros al Tato, á Cayetano y al Gordito!...

(1) Esta obra, que no es la zarzuela últimamente conocida del público, se ha atribuido generalmente al ilustre Jovellanos, sin fundamento, segun lo demostró el señor Necedal en la biografía que insertó al frente de sus obras. Biblioteca de autores españoles, por don M. Rivadeneira.

Así se expresaba, llevado por el entusiasmo, uno de los tipos que nos proponemos bosquejar.

Mientras preparamos nuestros lápices y pinceles, vamos a permitiros cuatro palabras acerca de las corridas de toros.

Sabida es por todo el mundo la afición decidida que el pueblo español muestra por esta clase de espectáculos; sabidos son los laudables esfuerzos que, por desterrarlos, han hecho monarcas tan ilustres como Isabel la Católica, las Cortes de Valladolid en 1555, Carlos III y Carlos IV; y á pesar de todo, ya vemos lo que han conseguido.

Por eso nosotros nos contentaremos con presentar el tipo sin corregirle, porque creemos que nunca mejor que en este caso se podría aplicar aquello de

Predicar en desierto  
sermon perdido.

Además, nada podríamos decir ya, de bueno ni de nuevo, después de lo que acerca del particular han dicho varones tan ilustres como Santo Tomás de Villanueva, San Francisco de Sales, el Padre Feijóo, don Gaspar Melchor G. de Jovellanos y tantos otros que pudiéramos citar en nuestro favor, y que han reprobado ó ridiculizado semejantes fiestas en la tribuna, en la prensa ó en la escena.

Hecha esta salvedad é implorando gracia de nuestros lectores, y sobre todo de vuestras lectoras que la tendrán más abundante, que pueda suplir á la que nos falte al presentarles un tipo tan original por naturaleza, arreglamos nuestro lienzo, preparamos nuestra pluma y empezamos....

El aficionado á los toros es un tipo exclusivo y eminentemente español.

Todos los demás tipos de la sociedad los hallarán VV. en otras naciones más ó menos parecidos; el aficionado á los toros solo puede ser español, solo puede existir en España.

Hasta los portugueses que, como de igual origen, eran los únicos que corrían parejas con los españoles en punto á afición á toros, abolieron estas diversiones desde Enero del 61.

Y no porque los franceses, los belgas y otras naciones no hayan querido imitarnos en tales espectáculos, sino que está visto, dichos señores no valen para el caso, y aun entre los mismos españoles la gracia de torero está solo reservada á los de la tierra de María Santísima.

Sin embargo, el aficionado puede ser de cualquier punto de España. Desde Navarra hasta la Andalucía se encuentran muy buenos toros y muchos aficionados.

Esta afición se manifiesta por lo regular desde los primeros años.

El juego del toro entre niños, y después las marcas en los corrales de las ganaderías, los encierros, los terneros, becerros ó toretes, los novillos y la misma vista de las corridas, son espectáculos que fomentan la afición y sirven de escuela á los aficionados.

Apenas habrá familia donde no haya un aficionado comprendido en el tipo que nos ocupa, no hay quien no le conozca; y vista la pasión, el delirio que esos hombres sienten por su afición favorita, no se nos tachará de exagerados por más minuciosos que seamos.

El aficionado que pertenece á la clase bien acomodada, y que por tanto cuenta con cierta ilustración, conoce perfectamente la historia del toro y cuantos en él se han distinguido, desde Pepe-Hillo y Montes hasta el Regatero, y los mismos Buñolero y Villaverde. Como prueba de ello tiene un album de retratos de toreros, y allí se ven á Gerónimo José Cándido, á Juan León, Montes, Roque Miranda, Lucas Blanco, Pepe los Santos, Chiclanero, Cúchares, Pepete, Cayetano, Julian Casas, el Tato, Dominguez, el Gordito, y aun los menos notables, como el Regatero, Suarez y Gonzalo Mora.

Entre picadores tiene á Pinto (padre), Clavellino, Sevilla, Hermigo, Arce, Pinto (hijo), Naranjero, los Calderones, Charpa, Sacanelles, y aun creo que á Bedia y al mismo Sopas.

Háblenle VV. de banderilleros, que él citará desde Jordan, Capita, el Pando, el Gallego, el Fraile, Bocanegra, Blayé, Muñiz, Lillo, Cucu, Canique, hasta Lagartijo y Noteveas.

En cuanto á toros, él los conoce por la pinta, y advina de qué ganadería son, habiendo sido varias veces comisionado para elegir los toros y disponer el orden en que habian de salir á la plaza.

Es verdad que como ha visto tanto toro, tiene mucha práctica y muy buen ojo, y rara vez se equivoca en el fallo que da acerca de un vicho.

Antes acostumbra á ir siempre al encierro; ahora que en Madrid se ha abolido esa costumbre, no deja de ir al apartado.

Olvidábamos decir que conserva muy en la memoria las proezas y desgracias que ocurren en las corridas que salen buenas, recordando el nombre del torero ó picador, del toro y sus señas, y la fecha del día.

Pregúntenle VV. qué día murió Pepete, y responderá que el 20 de Abril de 1863, en las astas del toro Jocinero, de la ganadería de Miura.

Diganle qué plaza es más desgraciada, y dirá que la peor para la gente del oficio es la del Puerto de Santa María, citando en comprobación la muerte de Carlos Puerto, la herida de gravedad de Desperdicios, que estuvo con la Uncion, la herida grave del Tato, las de Charpa y otras muchas.

Es uno de tantos constantes concurrentes á las buenas corridas que se suelen dar por las provincias de España, y si él puede no faltará á las de las ferias de Sevilla, las de Cádiz, las del Puerto de Santa María, las de San Fermín, en Pamplona, las de Santiago, en Valencia, y las del Pilar, en Zaragoza.

La alegría que experimenta desde el día que ve puestos los carteles de la corrida, y sabe los nombres de los toreros y picadores, los de los toros, sus señas y ganaderías á que pertenecen; lo que goza con los preparativos de la fiesta, abonándose ó procurándose billetes y acudiendo al encierro ó al apartado, solo es comparable al disgusto que siente el día que se suspende la función, por no verificarse aquello de *si el tiempo lo permite*.

Los oficiales y artesanos abandonan sus talleres, los empleados dejan sus oficinas, todos ellos empeñarian hasta la camisa por no faltar á su espectáculo favorito.

Pero los pintores y poetas toman sus cuadros y sus imágenes, sus paisajes y sus pastores, sus flores y sus descripciones de la misma naturaleza, y nosotros creemos que para estudiar al aficionado á toros al natural, ó ha de ser en la plaza de toros ó en ninguna parte.

Por lo tanto, lectores míos, vénganse VV. conmigo hácia la calle de Alcalá, que está hermosa la tarde, y vámonos á las corridas, que allí verán VV. lo que es bueno.

II.

*Es en verdad un espectáculo sorprendente ver á Madrid entero dirigiéndose á una corrida de toros; podríase decir que es un río desbordado rodando por una pendiente.*

A. DUMAS.

—¡A dos reales, caballeros; á dos reales á los toros!... ¿Quién sube? ¡que me voy....

—¡Eh! cochero, aguarda, allá vamos nosotros. —Apretarse, caballeros, apretarse, que aun caben dos.... VV. arriba.... ea, vamos... ¡arre, coronela!

El látigo chasquea y, adios, Madrid, que te quedas sin gente... El vehiculo, cargado cuatro veces más de lo que cabe de hombres, mujeres y niños, parte arrastrado por caballos que, en pago de lo mucho que ahora corren, serán á su vez arrastrados un día en la misma plaza á que tanta gente conducen.

Más observemos ese inmenso cuadro que se ofrece á nuestra vista.

Veán VV. aquellos aficionados que parece que toman aquel ómnibus por asalto, aquellos otros preparados de sombreros hongos y abanicos, para resistir el abrasador fuego del sol, los otros provistos de su bota y su merienda, para echar un *tente en pie*; veán VV. confundidas las carretelas de los duques y marqueses con las de los toreros y picadores; todos los coches, particulares y de alquiler, viejos y nuevos, ómnibus y diligencias, tartanas, tilburis y calesas salen hoy á relucir: la afición lo disculpa todo; y después de esto, observen VV. además, en las dos aceras de la calle de Alcalá, esa masa de gente, esa multitud apiñada, esas oleadas de pueblo, la animación general, la alegría pintada en todos los semblantes.... y digan VV. si hay aficionados á toros en España.

Filósofos rigoristas, españoles ó extranjeros, contemplad el punto de vista que presenta en una tarde de toros, primavera ó verano, la extensa calle de Alcalá, completamente llena de esa multitud apiñada, en la que se confunden los altos empleados y los meros artesanos, las aristocráticas damas y las saladas manolas, los hombres de todas ideas y las mujeres de todas edades; en la que se ve á todo un pueblo dirigirse á su espectáculo favorito, como si se tratase de conquistar un reino ó de ganar una gran batalla; y, ó se ha de mullar vuestro semblante viendo una llaga social, allí donde los demás ven una fiesta; ó lo que es más probable, siendo españoles, habeis de ser contagiados por la locura general.

Más observo que estamos ya en la Puerta de Alcalá, ese magnífico monumento que al lado de la plaza de toros parece un testigo mudo colocado allí por un rey para recordar eternamente los esfuerzos que hiciera él mismo contra tales diversiones....

Pero dejémoslos ahora de monumentos, que para el aficionado, el monumento más precioso es una plaza de toros, y entremos en ella, que los ecos de la música anuncian que ya va á empezar la función.

(La conclusion en el número próximo.)

CUADROS DE COSTUMBRES.

LOS CURSIS.

(Continuacion.)

VIII.

EL TÉ.

No bien estuvimos solos, cuando don Celestino, frotándose las manos en señal de contento y de satisfacción, empezó á descubrirme la magnitud de su proyecto de edificación y á ponderarme las ventajas que le reportaría el asunto, siempre que como base para llevarla á efecto, accediese yo gustoso á venderle á un precio razonable los terrenos que me pertenecían y él quería comprar, indicándome de paso lo mucho que interesaba al porvenir de su familia la realización de aquel pensamiento, sobre cuyo éxito descansaba una gran parte del dote que pensaba dar á su hija, próxima á casarse, así como su deseo de que yo entrase á formar parte de la sociedad en clase de presidente ó de vocal de su junta de gobierno, porque mi nombre y mi posición, decía él, serían una garantía más que la compañía podría ofrecer á los que se interesasen en el asunto.

Como los terrenos en cuestión se hallan comprendidos en la zona del ensanche de Madrid, claro es que comprándolos el señor de Esfuel en una época como aquella, en que aun no era conocido de todos el plano de dicha zona, ni mucho menos si sería ó no aprobado por el Gobierno, en el caso de que yo hubiese ignorado, como él suponía, el gran valor de aquellos, el día que el ensanche llegase á ser un hecho, habia de adquirirlos por un precio que le proporcionaría una ganancia considerable sobre cada pie de los comprados, sin contar con los beneficios de la construcción; y por eso tenia tanto empeño en acelerar el negocio y razon sobrada para decirme lo mucho que le interesaba; habiendo de distraer mi imaginación del verdadero punto de vista del asunto, por medio del halago que podía recibir, brindándome con la presidencia de aquella sociedad aun imaginaria.

Aprovechando tan propicia circunstancia, y aparentando siempre ignorar la suerte futura de mis propiedades y un gran deseo de complacerle por las cualidades especiales en que le colocaban su carácter y su posición, fui ganando terreno en aquel corazón que, lejos de ser depravado, era presa únicamente de un ciego orgullo que le impedía evitar los lazos que cautelosamente pudieran tendersele.

Ayudado con sumo acierto por el conde, dirigí la conversacion hácia la conveniencia y urgente necesidad de hacer en Madrid y en toda España construcciones que, llevadas á cabo sobre bases y condiciones especiales, permitían á los que las hagan ofrecer á las clases menesterosas habitaciones saludables, relativamente cómodas y sobre todo económicas.

—Sobre ese mismo punto, exclamó el señor de Esfuel con tono henchido, tengo yo vastos proyectos.

—Pues el señor conde y yo, añadí, tambien los tenemos; y una de las dificultades que hay que allanar para la venta de los terrenos que V. desea, es la de si renunciaremos ó no al pensamiento de edificar nosotros allí casas, cuyas habitaciones, mediante las condiciones que al efecto calculamos, puedan con el tiempo llegar á ser propiedad de las familias pobres, pero virtuosas, que en ellas admitamos.

—¡Hay tantos desgraciados que no tienen para albergarse sino un triste, sucio y mal acondicionado desvan, del que se ven expulsados á lo mejor por falta de recursos para pagar el alquiler, quizá cuando están enfermos, acaso en el rigor del invierno, y tal vez cuando ni pan tienen que dar á sus hijos y á sus ancianas madres!

—Yo conozco una familia, añadió el conde fijando la mirada en don Celestino, que se halla en este caso; la de un encuadernador, que tiene dos niñas menores de edad y una madre anciana, á quienes por falta de salud no puede mantener.

—¡Sobre eso de miserias, hay muchos cuentos y muchas ficciones! dijo don Celestino mirando pensativo el fuego que ardía en la chimenea.

—Si, señor, le repliqué, pero lo que de esa pobre familia refiere el señor conde, es verdad.

—¿Tambien lo sabe V? preguntó sorprendido el señor de Esfuel.—Desearia conocer algunos detalles de esa historia que, sin saber por qué, me va interesando, así como de qué medios ó por qué causas ha llegado á noticia de VV.

—Yo lo he sabido, contestó el conde, por un criado que estuvo en mi casa, y que á más de haber sido amigo en la infancia del infeliz encuadernador y de otro hermano suyo que fué militar y estuvo en Ultramar, conocia á este, y aseguraba que no ha mucho habia vuelto á Madrid en una posición bastante desahogada.

—Y yo sé tambien lo mismo, añadí, porque una noche rigorosa del mes de Enero de este año me pidió limosna en la Plaza de Oriente la pobre madre de esos hermanos á quienes la suerte ha colocado en tan distinta posición; y como yo la insté para que me explicase las causas de su aflicción, después de referirme la serie de desgracias y de sufrimientos con que ella y su buen hijo habian tenido que luchar, terminó por condolerse amargamente de las exigencias que su otro hijo, Celedonio, les habia impuesto al encontrarlos y al querer socorrer su miseria.

—Pues si ese Celedonio, ó como se llame, contestó el señor de Esfuel, acudia en socorro de su familia, creo que las exigencias estarían de parte de los necesitados: ¿qué mas podia hacer él para demostrar que era un buen hijo! ¿Tan absurdas eran sus proposiciones, que destruían su desprendimiento?

—Parece, repuso el conde, que les imponía con amenazas la dura condicion de que no fuesen á su casa y que ocultasen siempre con sumo cuidado el parentesco que les unió, sin duda por la falsa persuasión de que por tal medio encubriria su humilde origen, y evitaria el sonrojo de aparecer tal cual habia sido desde su nacimiento á los ojos de esa sociedad lucida que ahora le rodea, y que no por ignorarlo economiza quizá sus sarcasmos y sus burlas, porque es ya costumbre entre los que se creen ellos mismos familia independiente del género humano, zaherir con su crítica á aquellos de quienes no obstante solicitan obsequios y distinciones.

—Tengo entendido, añadí yo, que esa fué justamente la exigencia del señor don Celedonio; y aunque hasta cierto punto hay que disculpar su error, puesto que por su actual situación tiene que vivir en una sociedad en que solo lo retumbante de un nombre y de su origen, ó una posición holgada, se hacen rendir consideración y homenaje, cuyas atenciones todas niega á la virtud y á la desgracia, debia haber tenido presente, á mi entender, que sus mismas riquezas son suficientes para que aunque existiese en su vida una mancha indeleble—que no existe—capaz por si sola de obligarle á cubrirse el rostro de vergüenza, obtendria el mismo incienso que ahora le prodigan los aduladores; y que ante la voz de la naturaleza, ante los impulsos del corazón de un buen hijo que aun abraza sentimientos tan tiernos y tan laudables como los de no abandonar á su decrepita y desdichada madre ni á su hermano laborioso y honrado padre de dos tiernas é infelices criaturas, debe caer hecho pedruzcos el idolo de la vanidad que el orgullo satánico elevó en su pecho.

—Y verse objeto del menosprecio de las personas notables que, favoreciéndole con su amistad, le rodean de una aureola de renombre y de crédito, que son garantías infalibles para el éxito de todos sus negocios, de los que pendan acaso el porvenir de su mujer y de sus hijos. ¿No es verdad? preguntó sobresaltado don Celestino.

—Jamás una acción noble y generosa, le contestó el conde, merece el menosprecio de los hombres de bien, cualquiera que sea su posición social; y si ese don Celedonio acudiese á colocar en la situación en que por su misma fortuna debe tener á unos parientes tan allegados como son una madre y un hermano, proclamando muy alto los lazos que con ellos le unen, no solo se rodearía de otra aureola mucho más esplendorosa que la que tanto aprecia en el día, sino que evitaria el que sus detractores hallasen ocasion de echarle en rostro la deformidad de consentir que la anciana que le dió el

ser, y el hermano que amparó á aquella á costa de su salud misma mueran abandonados del que tiene el imperioso deber de impedirlo, y acaso maldiciéndole en los últimos instantes de su desventurada existencia.

Al escuchar estas últimas frases, pronunciadas por el conde con el acento inspirado que el hombre, poseído de la misión divina que en tales casos desempeña, da á su acción y á sus palabras, don Celestino, cuya respiración iba dificultándose y cuyos ojos dejaron escapar una lágrima al oír la terminación de aquellas, exclamó levantándose de su asiento:

—Pues que tan bien conocen VV. la historia de su familia, ahora van á conocer por completo á Celedonio. —Yo soy ese hijo cuyo corazón parece embotado por las extraviadas peripecias por que ha pasado; yo soy el que de error en error he amontonado inconvenientes para volver al seno de la familia que amparó mi niñez! Yo soy el pecador arrepentido, que con las lágrimas del dolor pido ante VV. perdón al cielo por mis extravíos! Yo, en fin, el que desde mañana correré á abrazar á mi infeliz madre, á mi digno hermano, á sus tiernas hijas; les pediré perdón de mis desvíos, de mi olvido, de mi maldad; y ellos me perdonarán, ¿no es cierto, queridos amigos míos que si me perdonarán?.....

—Y el Dios de misericordia y de bondad que tal arranque de amor filial escucha, colmará de felicidades á la familia del señor don Celestino Esfuel, repusimos el conde y yo abrazándole.

—Pero es menester, dijo él haciendo un esfuerzo para contener su emoción, que VV. me ayuden á salvar el grande obstáculo de que al dar semejante paso no se descubra el cambio de nombre que cuando fundé mi primera casa de banca en Méjico tomé y conservo, porque esto acarrearía mi ruina, haría la desdicha de mi hija, pobre inocente que ignora toda esta historia, y sería causa, no solo del ludibrio de las gentes que sobre nosotros caería, sino de la imposibilidad de socorrer á mi madre.

—De eso nos encargamos nosotros, le respondimos; pero lo que interesa es que por ninguna otra consideración retroceda V. de su propósito.—Así al menos lo esperamos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual creímos que don Celestino meditaba el modo de acceder por completo á nuestros deseos; pero á medida que se iba operando en él la reacción de aquella sacudida que había sufrido su carácter, habitualmente presuntuoso, fué sobreponiéndose este poco á poco al espontáneo arranque pocos momentos antes manifestado, y que era, por decirlo así, como el quejido que lanza el que se ve acometido súbitamente de un dolor agudo, pero pasajero.

—Yo no puedo consentir, añadió, ni transigiré jamás con la idea de que á mi hija la llamen la nieta de la señora Pepa la encuadradora, ni de que las niñas de mi hermano me llamen tío en la calle, acaso cuando yo esté hablando con cualquier ministro ó con algun *knicht* inglés.—La posición que he alcanzado, las íntimas relaciones que tengo con todos los personajes de Madrid, hacen de todo punto imposible que yo acceda á esas condiciones que, á más de ser perjudiciales para mis intereses, rebajarían la dignidad de mi clase.

En vano tratamos de disuadirle de la parte errónea que había en su raciocinio.—¡Imposible! repetía sin cesar; y como se abriese en aquel momento la puerta del gabinete para dar paso á los criados que venían á servirnos el té, y desde allí descubriese don Celestino los lujosos salones de su casa, atestados de una brillante concurrencia, y oyese los acordes del piano y la voz de Alfonsina, que en aquel instante cantaba una melodía de Schubert, haciendo un esfuerzo para acabar de desprenderse de la pasada escena, y con una mirada resplandeciente de vanidad que lanzó al fondo de aquellas habitaciones, exclamó: *¡Jam grandée lord!*—Yo no soy Celedonio Sueffuel.

Era, pues, necesario no hacer estériles nuestros esfuerzos en una cuestión en que tan interesados estábamos; y al efecto, vista ya su terquedad, para la cual realmente teniendo en su favor algunos de los poderosos motivos que había expuesto, volvimos á hablar, mientras tomamos el té, de mi decisión definitiva de venderle los terrenos que deseaba comprar, de formar parte de la sociedad constructora juntamente con nuestro amigo el señor conde, y él en cambio empeñó de nuevo su palabra de que al día siguiente iría con este á ver á Eugenio y á su madre, arreglando con ellos la manera de que marchasen á establecerse á un pueblo de Castilla, donde recibirían religiosamente cuanto necesitasen para vivir con desahogo en una casa que él mismo les compraría.

Era llegada la hora de retirarse, y por lo tanto salimos á los salones en busca de doña Rosa y de Alfonsina.

Al ofrecer á esta mis respetos, me contestó entrecortada: *Me alegro de haber tenido el honor de haber hecho su conocencia, y si se le ofrece alguna cosa, con franqueza, esta casa....*

Es siempre de V., prosiguió don Celestino apresurándose á cortar el bonito discurso de su señora, y se verá muy honrada en que V. se digne favorecernos lo más á menudo que le sea posible.

El conde saludó á su vez, y despidiéndonos de don Celestino, nos dirigimos á la puerta.

—*Your humble servant*, repitió el señor de Esfuel.

Y cuando pasamos por delante de Alfonsina, me incliné de nuevo, más ella dió dos saltitos, meneó con suma dificultad la cabeza, y me miró con lástima como diciendo: *¡tú no eres príncipe!*

(La conclusión en el número próximo.)

**LAS TIENDAS.**

**CAFÉ.**

**II.**

**LAS ABONADAS.**

—Vamos, niña, á ver si acabas de colocarte.  
—Como esto es tan estrecho, y las banquetas son tan altas, se me sube el mirriñaque y....

—Buenas noches, señoritas, ¿Traigo los cafés?  
—¡Hola! ¡Juan! á mi no me traiga V. hoy café, que tengo un ataque de nervios horroroso.... Anoche nos cogió la jarana en la calle y tuvimos que correr.... ya ve V., correr yo con los años que tengo, y con un juanete en este pié que no me deja andar.... Pero si no andamos listas nos matan....

—Fué una barbaridad.... conque ¿qué traigo?...  
—Para las niñas café, y para mi té.  
—Ya está llena la mesa de los viejos....  
—Y ya nos están mirando, parece que tenemos monos en la cara.

—Adios, Rodriguez.  
—¿Quién es ese á quien saludas?...  
—¿Pues no le conoceis? el que viene todas las noches á aquella mesa de enfrente con otros dos....

—¿Y cómo sabes como se llama?  
—Porque la otra noche ví que le llamaba Rodriguez uno de sus amigos.  
—Tiene muy buen aire.

—¡Vaya! no se puede decir que es guapo, pero lleva tan bien la ropa....  
—Debe ser empleado.  
—A mí se me ha puesto en la cabeza que ha de ser militar....

—Oiga V., Juan.  
—¿Qué manda V., señorita?...  
—Diga V.... ¿sabe V. qué es el señor Rodriguez, aquel jóven rubio que se pone todas las noches en aquella mesa?...

—¡Ah! ¿aquel jóven?...  
—Sí, tenemos una amiga que está empeñada en que es marido de una hermana suya que se ha casado el otro día, despues de haber sabido que se le había muerto en la Habana el marido.

—¿Es decir, que ese jóven se ha muerto en la Habana?...  
—No, señora, no se ha muerto....  
—No, no es eso.... lo que queremos saber es qué es, si empleado ó militar....

—Mire V., á punto fijo no lo sé.... El debe ya á otro camarero diez copas y veinte copas de rom.... ya sé sabe, con cada café se ha de tomar dos copitas....  
—¿Qué atrocidad!... Así se desgracia tantos jóvenes....

—Bien lo puede V. decir, señora; le digo á V. que si se fuera á formar lista de todos los que matamos aquí con el café y el rom....  
—¿Conque no sabe V. lo que es?  
—Le diré á V., lo que es él me parece que no es nada.... un silbante.... con permiso del gobierno, por supuesto.

—Como tiene tan buen aire, habíamos creído....  
—¡Ay! señorita, hay muchos que parecen marqueses y duqueses, y si se va á ver no tienen dos cuartos en el bolsillo, y viven de la trampa.... ¡Voy, que me llaman!  
—No vaya V. á decirle que le hemos preguntado á V.  
—Pierda V. cuidado, señorita.

—¿Qué lástima de muchacho! es muy simpático....  
—Sí, pero ya ves que debe diez cafés, y ¿quién sabe?...  
—Ahora está hablando con Juan.... Si irá á decirle el mozo lo que le hemos preguntado....  
—Allí va Gutierrez, el cesante que vive en la esquina de nuestra calle....

—¡Ay! ¡malo! ya puede que venga á armarla aquí....  
—¡Jesus! no he visto un hombre más revoltoso.... Siempre está diciendo que ha de hacer y acontecer con los ministros, en cuanto se arme....  
—Y á su mujer la tiene muerta de hambre.

—Por aquí viene ahora.  
—Haceos las distraidas, no sea que venga á hablarnos.... Ese hombre compromete á cualquiera.... Pues no fué diciendo á su mujer que éramos unas.... qué se yo, porque venimos todas las noches al café.... Si no fuera porque hombres así son capaces, si hay algo, de darla á una un susto, ya le hubiera yo dicho....

—Señoritas.  
—¿Qué hay, Juan?...  
—Que me ha pagado los cafés y el té de VV. el señor Rodriguez.

—¿Quién? ¿el jóven rubio?...  
—¿El que debe los diez cafés?  
—Sí, señora....  
—¿Y por qué lo ha recibido V?...  
—Nó, nó, señor, no faltaba otra cosa....

—Mamá, no levante V. la voz....  
—Es que quiero que lo oiga.... Cuidado, Juan, con que otra vez tome V. nada de nadie.... Dé V. las gracias á ese caballero, pero dígame V. que me he incomodado mucho, y lo mismo las niñas.... Salúdale, Carmen, que está saludándonos.... ¡Jesus! hija, parece que estás en Belén con los pastores!... ¡No estás en lo que se habla y parece que te vas volviendo boba!...

—Mamá, si yo....  
—¡Ah! ¡ya entiendo!... Te está mirando aquel fantasma que viene á aquella mesa todas las noches, y toma dos veces café, y lee lo menos tres el *Pueblo*, y luego nos sigue hasta casa....

—¡Jesus! hombre más antipático....  
—Tú lo dirás, hermana.  
—Y cualquiera.... Si parece que va á echarse á llorar aquí en medio del café....

—Como que es un poeta....  
—¡Calle! ¿cómo sabes tú lo que es?...  
—¡Yo!... me lo presumo.... No puede menos, tiene cara de talento....

—Lo que tiene es cara de jumento.  
—¡Vaya! ¿dejarme á mí!... ¡Yo me meto en lo que vosotros hablais?...  
—Pues deja, que si á mano viene verás cómo yo le digo cuatro cosas al tal poeta....

—¡Poeta! no tendrá una peseta.  
—¿Quién sabe si algun día será ministro?...  
—Sí, cuando la rama erie pelo.  
—Niña, déjate de tonterías; tú tienes ya veintiocho años.... Si no te casas con él hasta que sea ministro, te casarás á los sesenta....

—Mamá, mamá!...  
—¿Qué es eso?...  
—Mire V. quién entra allí.... la que vivía enfrente de casa, la mujer de don Matias, el manguitero.  
—Sí, que se murió hará cosa de dos meses....  
—Mirela V., y viene con uno....  
—¡Tóma! con el dependiente.... Mire V. la hipócrita, y cuando se murió el marido alborotó á gritos el barrio y quería tirarse por el balcón.... ¡Vamos! si las cosas que se ven la dejan á una tonta....  
—¿Y cómo se ríe!...  
—Para enseñar la dentadura.... Es lo único bueno que tiene.  
—Puede que se la haya puesto doña Polonia Sanz.... Ahora se ponen dientes que son mejores que los naturales.  
—Se casará con el dependiente.  
—Probablemente. El parece un pillo; puede que luego la dé más palos que á un burro.  
—Le estaría muy bien empleado.  
—¡Ay! ¿qué es eso?... ¿qué mira la gente!...  
—Me parece que silban en la calle....  
—¡Ay! ¡Jesus!... ¿otra vez?...  
—Allí viene Rodriguez; le preguntaremos.... Rodriguez, ¿qué es eso?...  
—Nada, señoras, que hay dos carreras....  
—¿Y tiros hay?...  
—Sí, señora, en todos los pozos.  
—¡Jesus! vámonos niñas....  
—Acompañaré á VV.  
—¡Ay! si, si nos hace V. ese favor, se lo agradeceremos mucho....  
—Ven, hombre, acércate, vamos á acompañar á estas señoras.... Tengo el gusto de presentar á VV. á mi amigo don Rodolfo Petarca.  
—¿Petarca?...  
—No, señorita, Petarca; por una letra no soy tocayo del gran poeta, mi maestro....  
—(Calla y no empieces á decir disparates.... Ya te he presentado, ahora componte como puedas).  
—Señorita, adoro á V.  
—Por Dios, caballero.... ¡Ay!  
—¿Qué es eso, niña?...  
—Nada, mamá, que he pisado sin querer á este caballero....  
—Coge tú á la una, yo á la otra, y la mayor con la mamá.  
—(¡Ay! mis dos hermanas ya ven luz, pero yo... ¿Cómo no vendrá ya al café aquel escribano tan rico que siempre me traía caramelos?)  
—Pues parece que está todo muy sereno.  
—Sí, señora, no hay cuidado.  
—¿Pues no decía V. que había dos carreras?...  
—Sí, señora, las de San Gerónimo y San Francisco, amén de las que se dan en la Universidad, y las especiales....  
—¿Ve V., mamá?... Lo que querían era acompañarnos para hablar con las niñas.... Ya no vuelvo al café....  
—Lo que es el rubio no me disgusta á mí, pero el otro.... No les ofreceré la casa.... Estos no quieren más que babear y pasar el tiempo....  
—Por supuesto; los hombres formales no están para nosotras.... Conociendo una á tanta gente, no se encuentra un hombre de fundamento....  
—Porque no lo tenemos nosotras; el fundamento, hija, es el dinero, y aunque estemos toda la vida pasando la noche en el café, no haremos más que tomar café.... y gracias que nos lo paguen alguna vez....  
—Lo que es eso si, para eso tenemos suerte....  
—¿Cómo no habrá venido á buscarme tu tío?... Me parece que también se va distrayendo un poco.... Era lo único que nos faltaba, que el mejor día saliera con que se quiere casar por ahí con alguna *cursi*, porque ¿quién se ha de casar con un hombre que ya puede ser abuelo?... ¡Por supuesto que trabajo la mando!... ¡Eh! niñas, no vayais tan delante, que puede haber una carrera.

**A LA MEMORIA**

DEL CÉLEBRE ACTOR

**DON JOSÉ GARCÍA LUNA.**

**IMPROVISACION**

al frente de su sepulcro el 10 de Abril de 1865.

Poseído de respeto y digna veneración, contemplo mudo al discreto intérprete de Moreto, Lope, Tirso y Calderon.

A él que tanto hizo gozar al público madrileño, que nunca podrá olvidar su acento en *La vida es sueño* y *El arte de conspirar*.

A él que en la trágica escuela hizo sentir el martirio que al hombre más rudo hiela, asombrando en la *Gabriela* y aterrando en *El delirio*.

Y se aflige el alma mía al ver que ya enmudeció para siempre, el que algun día el terror y la alegría con tal verdad expresó.

Perdonad mi connoccion ante su fúnebre losa: le quise de corazón, merecí su estimación, ¡y es la amistad tan hermosa!...

Yo su discípulo fui y el predilecto en su amor.... ¿Cómo he de olvidarle si constante fué para mí el maestro y bienhechor?

Bajo su losa mortuoria descanse, en la conveccion

que su artística memoria digno recuerdo en la historia dejará de su nación.

Y en el templo en que la cuna no tiene página escrita, él logrará la fortuna de escribir *García Luna* junto al nombre de la *Rita*.

MARIANO FERNÁNDEZ.

**CASCABELES.**

Este mes damos á nuestros suscritores seis números en vez de los cinco que tenemos ofrecidos. Probablemente haremos lo mismo el mes próximo, si Dios quiere y el tiempo lo permite. A ver si hay en el mundo periódico más barato y más rumboso que El CASCABEL.

Hemos oído quejarse á algunos padres de familia de que el Gobierno sea el que tome la iniciativa en dar *carerras* á los hijos estudiantes que tienen. Tienen razón.

Decía el otro día un alto personaje de la situación: «Es mucho cuento que los estudiantes nos traigan á todos á mal traer.... Si por mí fuera, se acababan los estudios ahora mismo.... Ni yo ni otros hemos estudiado, y maldito si nos falta nada.»

**Solución de la charadita del número anterior.**

Don Ramon, hablando en plata, te cantan ya con razón: «Mala la hubiste, Ramon, en la de la serenata.»

*La Señora de siempre.*

«La ley de orden público, cuya redacción *proyectil*, ó sea proyecto, ha confiado el presidente del Consejo á la indubitable competencia de su propia cartera, gráfico símbolo de su sabiduría, será una obra acabada, luego que se acabe. Parece ser que será una espada de dos filos y dos puntas, para que, respondiendo á la necesidad de los *tiempos*, pinche y corte por donde quiera que se agarre.»

**Solución del logogrifo del número anterior.**

Así cantaba un maton: «Uno con el espadín y otro con el espadon, y ya se acabó el motin.»

*La Señora de siempre.*

Luego que se cobre el anticipo forzoso, que con tanta abnegación han acogido los pueblos, el ministro de Hacienda, señor *Guarda é Passa*, haciéndose cargo de la penuria del país, no habrá de exigir más que empréstitos voluntarios, á fin de que solo contribuya el que pueda á sacarlo de apuros, y el que no.... (tambien.)

**Solución del geroglífico del número anterior.**

¿En qué se asemeja la política á el amor? En que ciega á los hombres.

Parece que varios capitalistas de esta corte van á emplear fuertes sumas en silbatos, persuadidos de que este comercio tiene mucho porvenir.

**Logogrifo.**

Soy una cosa pequeña que de hoy mas ha de asustar á todo vicho viviente, á toda la vecindad; en mí se encuentra un tirano, lo que el borracho ama más, lo que en el cielo ninguno ha de llegar á tocar, y en la música se toca con suma facilidad, un gran poeta, una carta, una mujer que no va nunca mal acompañada, lo que se debe guardar, lo que te indica el sepulcro, una nota musical, un pariente que yo tengo y su querida mitad, lo que lleva una modista y tener suele además, lo que los mozos de cuerda saben muy bien manejar, una obra que en los teatros en honor de alguien se dá, y lo que los ministerios debieran evitar más, y como aciertes el todo uno te he de regalar.

Se ha repartido la entrega 24 de la novela del señor Aguilera, *El mundo al revés*, que con tanto éxito se publica.

Conociendo el general Narvaez cuán desairado está un ministro sin cartera, diz que va á partir en dos la de *Gracia y Justicia*, reservándose la primera mitad para hacérsela á los estudiantes. A nuestro parecer, *salvo meliori*, si el objeto es evitar *graciosamente* otra silba, su excelencia no debía tomar media, sino toda la carretera de Francia, donde seguramente no oiria silbidos de españoles, sino de franceses y francesas.

Y si, como hemos dicho, su excelencia se queda con la *Gracia* del señor Arrazola, naturalmente ha de llamarse en adelante este ministro, ministro desgraciado de Justicia; así como el departamento de su digno cargo, ministerio de Justicia desgraciada.

¡Oh! señor excelentísimo, el gran general Narvaez, el que es hoy en el Gobierno el presidente más jaque, el que tiene por divisa: «*A mí no me toze nadie!*» el que por la tarde á pie va solito á pasearse, el que sabe más historia que cincuenta Castelares, el que nos mete en un puño á poquito que se enfade, el más robusto y lozano, el más terne y elegante, que si fuera yo señora me hiciera hacer disparates, un favor vengo á pedirlos siendo cual sois tan amable, en nombre de unos millones (quince y medio) de habitantes, un favor que os cuesta poco, un favor que os es muy fácil, el de que con viento fresco os vayais á todo escape á Loja, ó donde os parezca, con el señor de Gonzalez, el señor Gonzalez Bravo, vuestro preclaro cofrade.... Si lo haceis, Dios os lo premie, y si no que os lo demande.

Se ha establecido en esta corte una empresa titulada *La especial en ferro-carriles*, cuyo objeto es encargarse de cuantas reclamaciones se tengan que dirigir á las compañías de ferro-carriles, por las faltas que cometan en su explotación.

Nos parece que esta empresa ha de tener mucho que hacer. Tiene establecidas sus oficinas en la calle de Leganitos, núm. 26.

El gobernador civil de la provincia de Madrid debió hacer dimision de su cargo el sábado 8 de Abril. No la hizo porque no quiso; pero hizo mal en no hacerla.

En estos próximos dias va á repartirse la 3.<sup>a</sup> entrega de las *Máximas morales autógrafas*, suplicando á nuestros suscritores nos dispensen un retraso que no ha estado en nuestra mano evitar.

De paso diremos á un suscritor inglés, que nos escribió el otro día una carta amenazándonos con quejarse en los periódicos del retraso con que, bien contra nuestra voluntad, se reparte la citada obra, que nos tienen sin cuidado sus amenazas, porque la obra la terminaremos, como hemos prometido; y, si lo que no sucederá, no la terminásemos, sabríamos cumplir nuestro deber, devolviendo las cantidades que los suscritores á la misma hubiesen adelantado. El autor de la carta nos haría un singular favor en pasar á recoger los *veinticuatro reales* que suponemos habrá anticipado.

Una obra que cuesta grandes sumas, y cuyo original no se puede recoger sino cuando buenamente lo quieren dar, haciéndonos mucho favor, los señores colaboradores, no se puede publicar con la brevedad que cualq uiera otra.

Hemos recibido, y agradecemos mucho á su autor, un ejemplar del libro *Meditaciones de color claro por un autor oscuro, y preludios poéticos de una lira destemplada*. No creemos que sea un autor oscuro el de este libro, y si lo es aseguramos desde ahora que no merece serlo.

La obra que ha escrito se distingue muy mucho de la generalidad por la belleza del estilo, la intencion de la frase y la profundidad de los pensamientos, y se la recomendamos á los amantes de la bella literatura, sintiendo ignorar el nombre del autor, que se oculta modestamente con el seudónimo de *Valentino*.

Algunas personas, y aun creemos que algun periódico, han dicho estos dias que se trataba de separar de su cátedra al señor Castelar.

No podemos creer que el gobierno haya pensado en eso.

Quisiéramos tener bastante autoridad y bastante talento para poder infundir al gobierno y á todos las ideas de tolerancia, prudencia y moderacion que tan necesarias son en ciertas ocasiones, y más que en todas en la presente.

El CASCABEL, téngalo entendido algun *aficionado* á El CASCABEL, respeta á todos y todas las opiniones, lo mismo las del señor Castelar que las del señor Lahoz y el padre Sanchez, y está esperando hombres que gobiernen bien para declararse en su favor.

Lo que El CASCABEL lamenta es la exageracion y la intolerancia de los politicos.

El señor Seijas Lozano no dice esta boca es mia. ¿Si no será suya la boca del señor Seijas Lozano?

Dícese.... (el *dicitur* siempre por delante; nosotros no decimos jamás nada), dícese, que en atencion á los relevantes méritos contraídos en la última campaña por el bravo mariscal Gonzalez Bravo, cabo segundo ó segundo cabo del general en jefe, será ascendido á ministro de la Guerra, para cuyo egregio cargo estrenará una casaca nueva.

En virtud de este ascenso, el señor Rivero, que no es Bravo, por la sencilla razon de ser Rivero, descenderá al ministerio de la Gobernacion, donde ciertamente sobra toda la *Bravura*.

Como quiera que la instruccion pública, viciada por el racionalismo herético de los textos vivos, exige imperiosamente una reforma, se encargó interinamente del importante ministerio de Fomento, á que pertenece este cristiano asunto.... el moro Ibrahim Clarete.

Con permiso del Dante.  
Operacion financiera.  
Existencia anterior, con el que suscribe, 000.000.000.  
Ingresos anticipados, un real. . . . . 1.  
Ceros á la derecha. . . . . 000.000.000.

Total efectivo en el tesoro. . . . . 1.000.000.000.  
(No es paja.... ¡¡¡Mil millones efectivos!!! Se resolvió la crisis).

Habiendo la *fragata Ministerio* perdido la obra muerta, y la viva, y las velas, y el timon, y la brújula, el patron, armado de prudencia, corre la borrasca encerrado en su camarote.

El leon de España nos ha escrito una carta rogándonos hagamos público que él tambien salió herido en la noche del 10. Ruéganos además que declaramos que el leon de España no es el *Leon Español*, y aun dice que demandará ante los tribunales á quien lo tenga por la fiera propiedad del señor Gutierrez de la Vega.

Nos queda un cascabel en la mano y no sabemos á quien ponérselo. Se lo regalaremos á los estudiantes. ¡Nequaquam! Serian muy capaces de ponérselo al ministerio.

No podemos publicar hoy el geroglífico. Dispensen los lectores hasta el número próximo.

**NECROLOGÍA.**

El señor don Antonio Alcalá Galiano, el primero de nuestros oradores, gran poeta, ilustre escritor y ministro de Fomento, ha muerto á los 73 años, victima de un accidente epiléptico, que le causó sin duda la profunda impresion que en él debieron hacer los tristes acontecimientos de que ha sido teatro esta capital.

El señor Alcalá Galiano era, como orador y como publicista, una gloria de España, y deber nuestro es consignar el profundo sentimiento que nos ha causado su muerte, como amantes que somos de las letras.

Si el señor Alcalá Galiano hubiese muerto, sin ser ministro, su entierro hubiera sido una solemnidad popular, y todo el mundo hubiese acudido á rendir un tributo de respeto á los talentos que amigos y enemigos le reconocian.

Ha fallecido en esta corte, victima de una larga y penosa enfermedad del pecho, la jóven actriz señorita doña Mariana Aguado, discipula del Conservatorio, que con gran aplauso del público debutó en el teatro de la Zarzuela en la en tres actos, titulada, *Matilde y Malch-Ahél*, de los señores Frontaura, Gaztambide y Oudrid, cantando despues una temporada en dicho coliseo, y luego en varios teatros de provincias, siempre aplaudida por el público, que admiraba su bonita voz y excelentes disposiciones para la escena.

El lunes cumplimos el triste deber de acompañar el cadáver de esta infortunada jóven al cementerio.

**ANUNCIO.**

**AGENCIA UNIVERSAL.**

*Almacen de frutos coloniales y del país. Antiguo almacen de harinas, calle de Relatores, núm. 3.*

Recordamos á nuestros numerosos amigos el traslado de nuestro establecimiento, que estaba antes en el número 24 de la misma calle. En el nuevo local, que es vastísimo, hallarán siempre toda clase de comestibles, que seguimos expendiendo con la misma equidad notable. Relatores, núm. 3, Almacen.

Por lo contenido en este número,  
**F. Perezagua.**

Editor responsable, *D. Diego Mendez.*

MADRID: 1865.—Imprenta de **El Cascabel**,  
á cargo de M. BERNARDINO,  
calle de los Caños, número 4, bajo.